

**ELEMENTOS SOBRE LA HISTORIA
DEL CONCEPTO DE DESARROLLO SEGÚN
LOS ECONOMISTAS THEOTONIO DOS SANTOS
Y GILBERT RIST**

**Por: Francisco Javier Criollo L.¹
Ana María Córdoba Barahona ²
Wilson Josué Segura ³
Ángela Castillo ⁴
Santiago Felipe Calderón ⁵
Miguel Ángel Figueroa ⁶**

RESUMEN

El artículo tiene como propósito presentar la percepción y las inquietudes que dos importantes pensadores económicos ofrecen a través de sus obras sobre dependencia económica y desarrollo, como punto de partida en la reflexión que se ha iniciado sobre algunos conceptos que se convierten en clave para una discusión o debate. El estudio de una de las obras de Theotonio Dos Santos y otra de Gilbert Rist sobre la temática mencionada, le deja al grupo de investigación importantes inquietudes para la construcción de un pensamiento propio y alternativo.

1. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, Director de Economía –FACEA- Udenar, economia@udenar.edu.co.
2. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, Docente de Economía amacoba@udenar.edu.co
3. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, estudiante X semestre de de Economía epifaniomejia@hotmail.com
4. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, X semestre de Economía angelacastillo98@hotmail.com
5. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, estudiante de VIII semestre de Economía fsantiagocalderon@hotmail.com
6. Integrante del Grupo de Investigación Desarrollo Endogénico, estudiante III semestre de Economía f-migue000@hotmail.com

PALABRAS CLAVE: Desarrollo, subdesarrollo, historia, hegemonía, pensamiento económico, dependencia, crisis, división.

ABSTRACT

The main aim of this article is to show a summary concerning the chief ideas of two of the most influential writers of the dependency and development theory. These theoretical contributions have become conceptual reference within the specific economic sphere that deal with the aforementioned topics. The group which formulated this study, considers that contributions from the works of Theotonio Dos Santos and Gilbert Rist put forward extremely important conceptual aspects to formulate an alternative theoretical framework.

KEY WORDS: Development, underdevelopment, history, hegemony, economic thought, crisis, dependency.

INTRODUCCION

Como respuesta a las inquietudes surgidas en el grupo de investigación sobre Desarrollo Endogénico, se estudiaron algunos autores para iniciar un proceso de reflexión que permita pensar en alternativas de pensamiento económico para la región. Los antecedentes históricos se relacionan con eventos mundiales como la finalización de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias geopolíticas, de los cuales surgieron pensadores económicos de diferentes vertientes. Y como al estudiar el tema sobre desarrollo implícitamente surge el de la dependencia económica, y viceversa, sobre este tema se tomó uno de los pensadores más representativos, el brasileño Theotonio Dos Santos.

Para iniciar el estudio sobre la temática del desarrollo propiamente dicho se estudió una de las más importantes obras de Gilbert Rist, cuya profundidad en el análisis abre un abanico de posibilidades para pensar en la posibilidad de un pensamiento propio. Las reflexiones alrededor de su particular manera de concebir el desarrollo contribuyen a dinamizar la idea de un pensamiento alternativo.

Las conclusiones preliminares llevan a pensar que se tienen importantes antecedentes relacionados con un pensamiento propio, que motivan el estudio reflexivo sobre la concepción de desarrollo endogénico para pensar en una forma de vida diferente.

ANTECEDENTES HISTORICOS

El final de la Segunda Guerra Mundial, que estuvo signada por la lucha del dominio del mundo y su implícita división, señaló la decadencia de las potencias que desde las

postrimerías del Siglo XIX habían sido dominantes con criterio colonialista, situación que consolidó a Estados Unidos como la nueva hegemonía económica mundial, especialmente por la derrota sufrida por Alemania y Japón. En estas circunstancias, el país de Norteamérica, dada su tradición de país colonial (de Inglaterra), consideró que le correspondía desplazar a las antiguas potencias colonizadoras para erigirse como nación líder, sin necesidad de denominarse imperio. Es necesario recordar que los imperios que se derrumbaron por aquel entonces fueron el astro-húngaro y el otomano.

Por su parte la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) sale fortalecida por la ocupación de amplios territorios, como en Polonia, Hungría, parte de Alemania, lo cual llevó a un nuevo reordenamiento geopolítico, en medio del cual surgen otras fuerzas: China, India, Pakistán, Bangladesh, Egipto, Turquía, Persia (Cfr. Dos Santos, 1998: 2).

Lo que muestra ese mapa mundial es a una Europa devastada por la guerra, con Asia y África como escenarios de procesos de liberación nacional, o sea, un panorama político y socioeconómico ensombrecido. ¿Qué pasaba en América Latina? Estos territorios habían vivido ya sus procesos de independencia de las antiguas colonias en el siglo XIX y al iniciar el siglo XX y no tenía las condiciones necesarias para iniciar procesos hacia un desarrollo más práctico. Sin embargo, aspiraban a consolidar su independencia política y económica por la presión que tenían de parte de una Inglaterra que quería seguir incidiendo en la economía de estos países; y de otra Estados Unidos que aprovechaba la situación particular de Europa para expandir su influencia económica a través de la conquista de los mercados que los europeos abandonaron en América Latina.

Conformada la geopolítica de la posguerra comienza una serie de eventos de carácter continental con proyección hacia el resto del mundo, así como la creación de organismos internacionales para afrontar la situación. En 1954 se lleva a cabo la Conferencia Afro-Asiática de Bandung que congregó a líderes de India, Egipto, China y Yugoslavia para mostrar lo que a su parecer era la nueva realidad política, económica y cultural. La UNCTAD, la FAO, el Movimiento de los No Alineados y similares hacen su aparición; por los lados de América Latina, la CEPAL estaba influenciada por esta corriente.

Una de las obras más significativas que se escriben en esta época es *Geografía del Hambre y Geopolítica del Hambre* del médico y científico brasileño Josué de Castro, quien llegó a presidir el Consejo de la FAO donde propuso una política mundial que contrarreste el subdesarrollo. Las ciencias sociales no son indiferentes a esta nueva realidad y tal como lo hizo en el siglo XIX para explicar la incidencia de la revolución industrial, en esta ocasión surgen posiciones y teorías explicativas sobre la relación sociedad-economía con las que se pretende formular una concepción del desarrollo (Cfr. Dos Santos, 1998: 2).

Así, sociólogos, politólogos, antropólogos y en general los profesionales del área social, empezaron a diseñar modelos e instrumentos de intervención que permitieron identificar los obstáculos para un desarrollo pleno y contrarrestar también antiguas posiciones teóricas con respecto a la forma de concebir la sociedad. Por ejemplo, en la década de 1950

estuvo de moda la obra de W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, en la que él define a las sociedades precapitalistas como tradicionales, encerrándose en este término 6.000 años de historia de la civilización, lo que provocó fuertes reacciones de otros sectores estudiosos del mismo tema. Entre otras cosas estimaba que el “despegue” de las naciones hacia el desarrollo dependía de ciertas condiciones y sólo sucedería en algunos países. Si para algunos pensadores era necesaria la revolución, para otros lo era la adopción de medidas económicas puntuales para la modernización.

Rostow logró influenciar a muchos científicos sociales a pesar de la polémica que se armó alrededor de su obra, que llevaba el subtítulo de *Un manifiesto anticomunista* donde atacaba el marxismo, sin que lograra afectar la importancia política, histórica, ideológica y científica de la obra de Carlos Marx. Eran los tiempos de la guerra fría, cuando el mundo estaba pendiente de todo lo que acontecía en el Estado Soviético del primer Plan Quinquenal, surgían nuevas explicaciones y por tanto, nuevas perspectivas teóricas con relación al socialismo implantado en la URSS por el Partido Comunista, es decir, después de la Revolución de octubre; y en otros lugares del mundo, después de la II Guerra Mundial. (Cfr. Dos Santos, 1998: 3).

Más que Rostow, fue el sistema implantado por José Stalin en Rusia el que afectó negativamente a la dialéctica marxista al aproximarse más al positivismo y convertir al régimen ruso en modelo para otros países, modelo que consistía en fundamentar la economía en la industria de base y no en la de bienes y servicios, tener un partido único o coalición de todas las corrientes políticas para dirigir la revolución, hacer la reforma agraria para que su renta sea distribuida con mayor igualdad social y en general, una cultura que se identifique con el pueblo (Cfr. Dos Santos, 1998: 4).

Sin embargo, para que otros países pudieran asimilar el sistema estalinista debían tener una serie de características que la mayor parte de los países subdesarrollados o del Tercer Mundo no las reunían; por lo que se esperaba que tales condiciones fueran creadas mediante una revolución burguesa con participación de los partidos comunistas. Pero las experiencias de China, Corea, Vietnam y Cuba son diferentes al esquema estalinista y la posibilidad de que una revolución burguesa se convierta en revolución socialista provocó discusiones en el marxismo. Esta situación originó que se extendiera una tendencia teórica en la cual se decía que el socialismo era la solución para todos los males del capitalismo, sea que esta tuviera una economía industrial o no (Cfr. Dos Santos, 1998: 5).

En este contexto se van generando diferentes concepciones y visiones sobre lo que es el subdesarrollo, una de ellas lo define como ausencia de desarrollo o “atraso” debido a las dificultades internas para lograr la modernización de la economía; y porque el capitalismo estaba no demostraba experiencias de éxito en sus antiguas colonias que buscaban su independencia pasada la Segunda Guerra Mundial. En el caso de América Latina, cuyos procesos de independencia política se dieron en el siglo XIX, se veía todavía cómo su economía era profundamente dependiente porque la generación de su riqueza se limitaba a las materias primas, mientras el país crecía en pobreza, miseria y una distribución absolutamente inequitativa, tendencia que se mantiene hasta nuestros días.

SOBRE LA TEORIA DE LA DEPENDENCIA

Para comprender de manera integral el concepto de desarrollo se considera necesario explorar algunos elementos clave sobre la teoría de la dependencia en el marco de la historia económica de América Latina. De acuerdo a Theotonio Dos Santos, uno de los pensadores económicos latinoamericanos más representativos, la teoría de la dependencia surgió en América Latina en la década de los años 60, que para él tenía la siguiente percepción en la cual se

... intenta explicar las nuevas características del desarrollo dependiente, que ya se habían implantado en los países latinoamericanos. Desde los años 30, éstos se habían orientado en la dirección de la industrialización, caracterizada por la situación de productos industriales, importados de las potencias imperialistas, caracterizada por los producidos en industrias nacionales. De inmediato, terminado el ciclo depresivo (caracterizado por dos guerras mundiales, una crisis global y la exacerbación del proteccionismo y el nacionalismo), se restablecía, a través de la hegemonía norteamericana, la integración de economía mundial. El capital, concentrado en aquel momento en los Estados Unidos, se expandió hacia el resto del mundo en busca de oportunidades de inversiones que se concentraran en el sector industrial. En esos años de crisis, la economía norteamericana generalizó el fordismo como régimen de producción y circulación y dio inicio, incluso, a la revolución científico-tecnológica en los años 1940. La oportunidad de un nuevo ciclo expansivo de la economía mundial exigía la asumió, teniendo como base de operación la enorme economía norteamericana y su poderoso Estado Nacional, además de un sistema de instituciones internacionales establecido en Bretón Woods (Dos Santos, 1998: 7).

En efecto, las economías latinoamericanas implantan la industrialización en las décadas de los 30 y 40, la que se convirtió en la base para el nuevo desarrollo industrial de la posguerra, que luego se articuló al movimiento expansivo del capital internacional a través del mecanismo de las multinacionales cuya presencia se justificaban en los países del Tercer Mundo “por la ausencia de desarrollo”.

Se abría camino para comprender el desarrollo y subdesarrollo como el resultado histórico del desarrollo del capitalismo, un sistema mundial que producía al mismo tiempo desarrollo y subdesarrollo. Si la teoría del desarrollo y el subdesarrollo eran el resultado de la superación del dominio colonial y de la aparición de burguesías locales deseosas de encontrar un camino que les permitiera participar en la expansión del capitalismo mundial; la teoría de la dependencia, surgida en la segunda mitad de la década 1960-70, representó un esfuerzo crítico para comprender la limitación de un desarrollo iniciado en un periodo histórico en que la economía mundial ya había sido constituida bajo la hegemonía de enormes grupos económicos y poderosas fuerzas imperialistas, aún cuando una parte de éstas entraban en crisis abriendo la oportunidad para el desarrollo del proceso de descolonización (Dos Santos, 1998: 7).

En América Latina el debate sobre el subdesarrollo, cuyo antecedente es a su vez un debate entre el marxismo clásico y el neo-marxismo, la teoría de la dependencia se plantean cuatro puntos: 1) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados. 2) El desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes del mismo proceso universal. 3) El subdesarrollo no puede ser considerado como la condición primera para un proceso evolucionista. 4) La dependencia, con todo, no es solamente un fenómeno externo sino que se manifiesta también en diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política) (Cfr. Dos Santos, 1998: 8).

Según el mismo autor, de lo anterior se desprenden varias corrientes: a) La crítica o autocrítica que se identifica con la CEPAL. En esta se distinguen, de manera significativa, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado y Raúl Prebisch, este último haciendo énfasis en la teoría centro-periferia. b) El neo-marxista que se basa en los trabajos de Theotonio Dos Santos e importantes investigadores del Centro de Estudios Socio Económicos de la Universidad de Chile. En esta corriente se podría ubicar a André Gunder Frank, pero él ha negado de manera reiterativa sus vínculos teóricos con el marxismo. c) Cardoso y Faletto se identifican más con un marxismo ortodoxo, o sea, con la posición de que el desarrollo se alcanza en el socialismo. d) André Gunder Frank se convierte como en el representante de la teoría de la dependencia, al margen de las tendencias marxistas y neo-marxistas.

Sin embargo, en el continente latinoamericano se da un debate científico de carácter transdisciplinario, que se remonta a las décadas de los 30 y 40 cuando surgieron muchos pensadores económicos, cabe destacar a dos de los más importantes, que se habían mencionado antes, el médico Josué de Castro, de una amplia formación académica e investigativa en los campos de la medicina, ecología, antropología y geografía humana; y Raúl Prebisch de talla continental por su visión económica que trascendía lo tradicional y revelaba importantes implicaciones económicas, sociales y políticas. Estas posiciones y otras de importantes intelectuales de los distintos países demostraban que en Latinoamérica se daba una creciente presencia de pensamiento socioeconómico significativo.

La teoría de la dependencia prácticamente sintetiza el movimiento histórico que llevó a la formación del pensamiento económico latinoamericano. Por ejemplo, André Gunter Frank recoge la problemática de la región para darle una dimensión internacional con el enfoque de:

declarar el carácter capitalista de América Latina desde la cuna. Producto de la expansión del capitalismo comercial europeo en el siglo XVI, la América Latina surgió para atender las demandas de Europa, insertándose en el mundo del mercado mundial capitalista (Dos Santos, 1998: 10).

En los años 70 existía en América Latina ya un buen acervo sobre la teoría de la dependencia que permitió un debate con una dimensión más universal. En mayo de 1970 apareció un artículo de Suzzane Bodenheimer, *Dependency and Imperialism*, en la revista *Politics and Society*, No. 5, en el que se intentaba presentar la teoría de la dependencia como una escuela de pensamiento nuevo que proponía un paradigma científico alternativo al main

stream del pensamiento occidental. Más adelante, en febrero de 1973 *The Journal of interamerican Studies* dedicó una edición especial a la teoría de la dependencia, donde se asumía un punto de vista conservador porque consideraba que la dependencia era una disculpa para explicar el fracaso económico de los países subdesarrollados (Cfr. Dos Santos, 1998: 16).

En África, el tema sobre la teoría de la dependencia se fusionó con el del desarrollo y fue provechosa. De hecho, en 1970 se produjo un encuentro del pensamiento social latinoamericano y africano y posteriormente, en 1974, se realizó el Congreso de Economistas del Tercer Mundo que dio origen a la Asociación Internacional de Economistas del Tercer Mundo.

En Asia, de manera especial en la India, se había dado toda una tradición antiimperialista y se había insistido en la necesidad de buscar caminos propios para lograr el desarrollo. Pero existen sectores en la India que no comparten la visión de subdesarrollo que la ligaba a la formación del capitalismo moderno como una economía mundial, con lo cual le quitan importancia a la influencia de la teoría de la dependencia sobre el pensamiento indio.

En América Latina, el programa de la Unidad Popular de Salvador Allende y las tendencias del gobierno militar revolucionario peruano, aportan varios elementos clave a la teoría de la dependencia. Por su parte la teología de la liberación asumió la teoría de la dependencia como su referencia vital, cuya perspectiva es tomada por otros sectores intelectuales que les permitió unir el marxismo y el cristianismo. En Cuba, donde se derrotó teóricamente al Che Guevara en el debate entablado en los 60' entre él y Carlos Rafael Rodríguez el Partido Comunista Cubano prefirió adherirse a las tesis de una marxismo-leninismo desde la óptica del materialismo histórico y dialéctico y su propia interpretación del imperialismo, la revolución rusa, las revoluciones de liberación nacional, como una forma de generar una teoría de la modernización donde el concepto marxista estaba marcado por el positivismo.

Todos estos acontecimientos de incidencia continental allanaron el camino para que la teoría de la dependencia ganara una importante influencia en Latinoamérica; mientras la teología de la liberación lo hacía en el resto de continentes, donde sectores de la izquierda hacían eco de sus planteamientos a favor de una situación más equitativa y como un argumento indiscutible para lograr la paz de los pueblos y entre los pueblos.

Sin embargo, a medida que crecía la aceptación de la concepción de la teoría de la dependencia, también empezaron a aparecer algunas críticas significativas, especialmente provenientes de los sociólogos⁷ las que posteriormente se extendieron a otras disciplinas y tuvieron gran divulgación en la década de los 70 y comienzos de la de los 80⁸, incluidos los marxistas ortodoxos o simplemente marxistas, estos últimos caracterizados por ubicar la lucha de clases

7. Congreso Latinoamericano de Sociología de 1975 – Costa Rica – cuyos resultados aparecieron publicados en el libro *Debate sobre la Teoría de la Dependencia y la Sociología Latino Americana*, EDUCA, San José, 1979.

8. Proliferaron obras importantes como la de Agustín Cueva *Problemas y Perspectivas de la Teoría de la Dependencia*, (CELA-UNAM); *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina, Siglo XXI*, México, 1978. De Octavio Rodríguez Infante sobre las críticas a la concepción de la CEPAL, Secretaría de la Residencia, México, 1974. De Vania Bambirra *Teoría de la Dependencia: Una Autocrítica*, México, 1978. De Enrique Semo *La crisis actual del Capitalismo*, México, 1975.

en el interior de cada país y no aceptar críticas a su visión del capitalismo, que para ellos no hay diferencia entre un capitalismo dominante y un capitalismo dependiente.

CONCEPCION SOBRE EL DESARROLLO

Si se parte de los antecedentes históricos descritos, puede inferirse el origen del término desarrollo y cómo su concepto evoluciona según la corriente de pensamiento que lo exponga. Al respecto, Gilbert Rist expresa:

Si el “desarrollo” no es más que un término cómodo para reunir al conjunto de las virtuosas aspiraciones humanas, puede llegarse inmediatamente a la conclusión de que no existe en parte alguna y de que, probablemente no existirá (Rist, 2002: 22).

Este autor afirma que el concepto de desarrollo aparece por primera vez en el contexto de las Ciencias Sociales hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, donde no solo no cuestionan a la sociedad contemporánea sino que contribuye a afianzarla y a reproducirla, lo cual le genera muchas críticas. Considera que el desarrollo es una idea paradójica, creada aparentemente para explicar el atraso material y productivo de gran parte de los pueblos del mundo occidental, pero donde no se plantean cambios revolucionarios dentro del sistema capitalista, cuyo mecanismo polarizador es el principal responsable de que la brecha económica siga vigente. La colonización, vigente hasta nuestros días, es una demostración de este macabro mecanismo donde sólo ha habido cambio de forma pero no de fondo a través de un discurso liberal dominante como una labor civilizadora de inserción de los países subdesarrollados en la historia, el progreso y la dinámica del desarrollo.

Jules Ferry hizo en 1985 una defensa de la colonización y para justificarla afirmó que *...las “razas superiores” tienen derechos y deberes respecto a las “razas inferiores” y deben compartir con ellas, especialmente, los beneficios de la ciencia y del progreso (Rist, 2002:64).*

Nada más abominable que pensar que la civilización es un paso inicial que toda nación debe dar si aspira a desarrollarse y nada más mentiroso, también. La colonización no es una etapa transitoria que la misma dialéctica del sistema permite superar. No. El capital transnacional necesita, en todo momento, y no de manera pasajera, de la existencia de las colonias, pues dado que el sistema gravita en torno a la minimización de costos, será siempre apetecible una colonia en donde el acceso a los factores productivos no implica grandes costos –en especial legales y administrativos– que una nación medianamente autónoma e independiente y con recursos, a los ojos del capital transnacional, será más difícil usufructuar.

La historia de la colonización es larga. Lo cierto es que a partir de 1945, la colonización abierta, tal como había existido es condenada por las leyes internacionales, lo que

no significa que haya desaparecido. Su práctica es soterrada, por tanto menos perceptible, menos identificable y por ende, su denuncia es menor, o como aparentemente no existe, sus denunciantes son observados como desequilibrados. La naturaleza inequitativa del mecanismo capitalista queda al descubierto, también, si se mencionan unas cuantas cifras, al vuelo: por ejemplo, la diferencia en términos de producción de bienes y servicios entre países desarrollados y no desarrollados, a partir de la terminología oficial, era en 1700 de uno a dos; de uno a cinco a finales del siglo XIX; de uno a 15 en 1960 y de uno a 45 en 1980. El tiempo, a diferencia de lo que piensan los economistas ortodoxos, amplía y acentúa las diferencias materiales entre naciones.

Ahora bien, si se da por hecho que el capitalismo es un tipo de sociedad *subdesarrollante*, el autor se encamina a demostrar de qué manera la idea de desarrollo se erigió con el ánimo de reproducir y perpetuar esta clase de sociedad. Con el ánimo de revelar el carácter ambiguo del concepto de desarrollo, cabría detenerse, en primera instancia, en el punto IV del Discurso sobre el estado de la Unión pronunciado por el presidente H. Truman en 1949 con motivo de su posesión:

Debemos lanzarnos a un nuevo y audaz programa que permita poner nuestros avances científicos y nuestros progresos industriales a disposición de las regiones insuficientemente desarrolladas para su mejoramiento y crecimiento económico.

Más de la mitad de la población mundial vive en condiciones cercanas a la miseria... Su pobreza es un lastre y una amenaza para ellos como para las regiones más prósperas.

Por primera vez en la historia de la humanidad posee los conocimientos y las técnicas capaces de aliviar los sufrimientos de esos seres humanos... Nuestro objetivo debe ser el de ayudar a los pueblos libres {entiéndase no socialistas del mundo entero a que... produzca más alimentos, más vestidos, más materiales... Una producción mayor es la clave de la prosperidad y la paz (Rist, 2002: 85-86).

Esta nueva manera de dividir el mundo en desarrollado y subdesarrollado servía a los intereses de los americanos y muestra en qué medida el ejercicio del poder estaba ligado al uso de las palabras: *la retórica es el arte de persuadir; es mejor convencer que recurrir a la fuerza (Rist, 2002: 90).*

El desarrollo entonces es ante todo un concepto claramente político, y si se quiere militar, un arma intelectual o ideológica adscrita al orden mundial de la guerra fría que busca defender el sistema capitalista y la hegemonía de occidente, en particular de los Estados Unidos sobre las demás naciones del mundo. Resulta claro que cualquier idea –en este caso la del desarrollo– que surja del seno de la dirigencia política y económica de Norteamérica y Europa occidental, será en últimas, apologética de un statu quo favorable a los intereses del capital, antes que otra cosa. En estas circunstancias, la preocupación del bienestar social, tantas veces invocado cuando se plantea el desarrollo, no pasa de ser

una cortina de humo útil para disfrazar los verdaderos propósitos que se persiguen con la utilización de este concepto.

Por otra parte, el binomio desarrollo/subdesarrollo es a la vez excluyente y uniformador porque busca, en el fondo, que se reconozca explícitamente el establecimiento, en el mundo entero o por lo menos en gran parte de este, de una jerarquía de naciones a partir de su riqueza material y de su eficiencia productiva, exclusivamente, dentro de la que existe un punto de fuga –el de la riqueza máxima per se– hacia el cual todos los pueblos deben tender, con lo cual renuncian a su identidad o particularidades culturales.

El concepto de desarrollo se asocia en sus inicios a un proceso homogéneo que todas las naciones, sin importar sus singularidades, deben atravesar y cuyo fin es lograr la mayor eficiencia productiva posible. Rist retoma el planteamiento del economista Rostow sobre la división del proceso hacia el desarrollo, sobre lo cual afirma:

... sin poner en cuestión la existencia de una “escala” en la que se podría ordenar jerárquicamente las sociedades, {el discurso del desarrollo} impone simplemente una nueva forma que permite a los Estados Unidos ponerse en cabeza de la clasificación: el producto nacional bruto (Rist, 2002: 91).

En otras palabras, el concepto de desarrollo es una idea que sirve de pretexto para intervenir en las naciones del mundo, política y económicamente y así volverlas dependientes, y según su propia terminología, subdesarrolladas, y con el aparente fin loable de ayudar a superar esta situación, la potencia envía recursos a la nación subdesarrollada y exige de esta, a cambio, el cumplimiento de unas condiciones, las cuales, en muchas ocasiones, contradicen la supuesta filantropía ofrecida. Por ejemplo, los préstamos del FMI están condicionados y sus programas de ajuste buscan, fundamentalmente, favorecer la liberalidad de los capitales y no el beneficio de los países de menor desarrollo. En este punto, la hipocresía hace gala bajo el señuelo de contribuir a una mayor dinámica del desarrollo, pero lo que consiguen, porque es el propósito de fondo, es acentuar la dependencia y por ende, el subdesarrollo.

Las representaciones que se asocian con el desarrollo y las prácticas que implica varían radicalmente según se adopte el punto de vista del “desarrollador” comprometido en hacer llegar la felicidad a los demás, o el del “desarrollado” obligado a modificar sus relaciones sociales y con la naturaleza, para entrar en el mundo nuevo que se les promete (Cfr. Rist, 2002: 14).

En la teoría, el concepto de desarrollo se relaciona con ideas tales como *bienestar, justicia social, progreso, crecimiento económico, expansión personal e incluso, equilibrio ecológico* (Rist, 2002: 19) y llega a mezclar aspectos tan múltiples que por la misma razón pierden precisión y claridad: es una idea que dice mucho y nada, a la vez. Un supuesto compromiso con todos los problemas del mundo, que en el fondo, esconden un afán por no comprometerse en nada.

En la práctica, el desarrollo es también disperso y hasta contradictorio. En nombre de este término se construyen escuelas y carreteras, se vacuna niños y se capacita a las maternas, se moviliza a la comunidad internacional, se siembran árboles para luego explotarlos irracionalmente, se liberaliza y a la vez se obstaculiza el comercio, etc. Ha sido siempre una estrategia que al establecimiento le ha servido en la medida que ha convertido el concepto de desarrollo en una definición camaleónica, un concepto de tal facilidad de adaptación, que se considera como la solución de los problemas actuales y futuros, por tanto, no es necesario modificarlo de fondo.

De la misma manera, que los cristianos no ignoran la multitud de crímenes cometidos en nombre de la fe, sin por eso renegar de ella, los expertos en "desarrollo" reconocen cada vez con más frecuencia los errores cometidos sin, pese a ello, poner en cuestión sus razones para perseverar (Rist, 2002: 35).

Esta fe, esta creencia dogmática, facilita la reproducción del sistema y de su mecanismo infame. La omnipresencia de este concepto, el hecho de encontrarlo en cada momento y en todo lugar, de estar sumergidos en él, impide advertir sus fallas y las del sistema de donde emana. Esta estrategia macabra debe revelarse, desenmascararse. La religiosidad del concepto se ve reforzada, por un lado, si se observa cómo él mismo se ha asociado a visiones ilusorias de la realidad futura, imposibles de cumplirse, pero excitadoras de la fe humana. De otra parte, el desarrollo, tal como se entiende en las ciencias naturales, como un proceso lento, paulatino e imperceptible de desatamiento de las potencias biológicas que residen en todo ser vivo.

La correlación entre desarrollo social y desarrollo natural, ha permitido invocar a los economistas que el desarrollo económico es una preocupación a largo plazo y que es además un proceso natural, infalible e inmodificable que no admite opción ni réplica. La falla de este paralelismo consiste en que el desarrollo natural de los seres vivos admite un punto de inflexión o de retroceso –el desarrollo de todo ser vivo tiene límites– mientras que el desarrollo económico, tal como lo entiende la teoría oficial o dominante, es decir, como crecimiento del producto, no tolera la idea de límites o finitud, lo cual no indica necesariamente que el crecimiento no sea un objetivo válido.

El crecimiento sigue siendo un objetivo legítimo puesto que es necesario para que mejoren las condiciones de vida los países a lo que llamamos pobres; conviene, sin embargo, controlar su estructura produciendo la producción de bienes que se tienen por prioritarios; puede optarse por continuar con el endeudamiento siempre que los créditos concedidos tengan garantía de devolución; la integración de las economías de los países del Sur en el sistema mundial debería ser selectiva teniendo en cuenta las ventajas que cada uno puede obtener, en lugar de aceptar sin preocupaciones el principio de libertad comercial (Rist, 2002: 278).

Lo que a todas luces es ilegítimo e ilógico es afirmar, como en el fondo lo hace el discurso sobre el desarrollo, aunque rehúsa explicitarlo, que en forma social requiere

crecer ad infinitum, como un fin en sí mismo, dentro de un mundo de recursos limitados y, la mayoría de las veces, no renovables. Es repudiable pensar, y el discurso oficial sobre el desarrollo lo hace, que los más alimentos, más vestidos, más materiales para la construcción y más energía mecánica, a los que aludía el presidente Truman, sean un fin en sí mismo, expresan un afán indiscriminado de crecer y crecer, de producir y producir.

Es natural que el concepto de desarrollo, así entendido y aplicado, recibiera muchas críticas desde la teoría y desde la práctica. Las divergencias teóricas comenzaron aún desde el mismo momento de su aparición, en la década de los cincuenta. Al respecto, Fals Borda comenta:

Como se sabe, las políticas de desarrollo económico y social se iniciaron con las famosas Décadas del Desarrollo de las Naciones Unidas, una triste y desilusionante serie de fracasos que llevó a la aparición de escuelas críticas alternativas que han planteado el desarrollo auténtico o auto desarrollo (Fals Borda, 2003: 126).

En efecto, el pensamiento económico se disparó hacia varias vertientes, las más significativas, según Rist (2002:130), en Estados Unidos, con Paul Baran y Paul Sweezy; en América Latina con Raúl Prebisch y Oswaldo Zunkel, Fernando Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, Orlando Fals Borda y Rodolfo Stavenhagen. Más tarde, Samir Amín en África; André Gunder Frank, Pierre Jalée, Dieter Senghas y Johan Galtung en Europa.

En la práctica, la crítica no es menor. Alrededor del Tercer Mundo, en las décadas de los sesenta y setenta, empiezan a aparecer modelos de sociedades alternativas, como la India de Nehru que se establece en los años cuarenta, basada en los principios éticos de equidad, autosuficiencia y limitación de la acumulación y del comercio internacional; como la Cuba de Castro, la Yugoslavia de Tito, la China de Mao; países que pretendían mantener su independencia respecto al orden mundial de la guerra fría y no alinearse, en principio, a ninguno de los dos bloques y, de paso, desde la práctica criticar la pretendida eficacia universal del discurso occidental del desarrollo.

Estas experiencias críticas sobre el concepto de desarrollo han puesto en entredicho la teoría económica dominante, en su conjunto. Se critica de ella su carácter deductivo, su idea de un objeto de estudio indivisible, irreducible, autosuficiente, completo, voluntario, no determinado ni cultural ni cósmicamente, que obedece a leyes simples y universales. Se reprocha su afán generalizador, su disciplinariedad, su renuencia a entablar diálogos pertinentes con otras ciencias o ramas del saber, su cuerpo de principios metafísicos –mercados equilibrados, homo economicus, el mercado como un mecanismo “natural”, el egoísmo como fuente de bienestar social, etc.– que, en sí mismos se antojan contrarios a la condición de las sociedades y de la condición humana y cósmica en general.

Se quiere una ciencia social total, nueva, sin disciplinas ni compartimientos, una sociedad social completa con unos nuevos principios y unos nuevos métodos de estudio que estén en mayor armonía con la dialéctica y las complejidades de la humanidad, las

sociedades y el cosmos. Una ciencia que se localice, que se contextualice, es decir, que restrinja su estudio y aplicabilidad de sus principios y de sus descubrimientos al espacio histórico y geográfico en el que surgen; sin que se descarte la posibilidad interesante de que –luego de hacerles modificaciones necesarias– muchos de ellos puedan tener un espacio de acción más amplia.

Ahora bien, nuestro planteamiento no soslaya el estudio del capitalismo como sistema mundial histórico, lo que planteamos es que las abstracción simplificadoras son necesarias mas no suficientes, se requiere avanzar hacia el conocimiento de la complejidad, de lo concreto.

En síntesis, se busca una nueva ciencia social compleja e incluyente. No invitamos a abandonar el pensamiento económico ortodoxo, sino a conocer sus limitaciones. En este contexto, se quiere una reconceptualización del desarrollo, incluso hasta llegar a la creación de un nuevo término que consulte una pluralidad de fuentes de pensamiento, incluida la cosmovisión de nuestros ancestros, que tenga en cuenta principios como la solidaridad, amistad entre los pueblos, el respeto a la vida por encima de otra prioridad. Es decir, un concepto más comprometido con el bienestar social, respetuoso de las particularidades culturales que conlleve a una armonía con la sustentabilidad del entorno en donde se de prioridad a la igualdad, el respeto por la naturaleza y la libertad.

HACIA UN CONCEPTO ALTERNATIVO DE DESARROLLO

La propuesta de un concepto alternativo sobre desarrollo que conlleve además la responsabilidad implícita de su aplicación, no es tarea fácil en una economía capitalista que por tradición se ha movido con el único propósito de acumular riqueza. Para regiones como la latinoamericana superar la crisis que provoca este desequilibrio, supone tal vez, que la esperanza radica en la senda por un desarrollo sostenido, lo cual quiere decir que hay necesidad de estudiar y debatir sobre una nueva Teoría del Desarrollo.

Sin embargo, pensar en una nueva teoría sin acudir a los viejos modelos de desarrollo es igualmente difícil porque es inevitable pensar que las relaciones entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas puedan ser de beneficio mutuo, cuando la experiencia muestra que siempre salen airoas las economías más fuertes. Al respecto se dice:

los viejos teóricos del desarrollo, preocupados por el subempleo, construyeron una teoría del desarrollo y sostuvieron la necesidad de la intervención del Estado con una política económica de largo plazo... Bastaba un "impulso" (Rostow, Rosenstein) o un plan (Lauchlin Currie, Raúl Prebisch) para que la ruta del desarrollo fuera sostenida. Como era de esperarse, la senda del desarrollo resultó mucho más crítica de lo que supone el excesivo optimismo de sus defensores (Blanco, 1995: 14).

El debate suscitado alrededor de esta situación teórica produjo más daño que beneficio por el peso ideológico que se le dio. No obstante, a nivel de América Latina sí se estima necesario recuperar el espacio del debate para proponer una teoría alternativa que oriente el verdadero camino de la equidad.

CONCLUSIONES

Después de la Segunda Guerra Mundial, se empezó a observar la “preocupación” de los países fuertes en el escenario mundial por la suerte de los países más débiles; puede decirse que así fue cómo nació el concepto de desarrollo, pero con él también comenzó a hablarse de subdesarrollo.

Sin duda, esto aconteció en el seno de organismos mundiales que se crearon por esos días: la ONU, una vez hizo su aparición empezó a interesarse por el tema, a partir de lo cual creó organismos que se dirigieran más precisamente a esta temática; fue así como surgieron, entre otros, la UNCTAD y la FAO; en el sector latinoamericano en particular se creó la CEPAL para que se dedicara a dos propósitos fundamentales: impulsar el desarrollo en los países latinoamericanos y ayudar a que se emprendieran procesos de integración entre ellos.

La CEPAL tuvo, así, la oportunidad de impulsar, hasta cierto punto, un proceso de pensamiento propio, alrededor de la temática económica, pero fundamentalmente en torno al desarrollo. Fue a partir de esto que surgió la teorización general sobre el estructuralismo, y derivándose de él conceptualizaciones como desarrollo y subdesarrollo, el desarrollo endógeno, el desarrollo desde adentro, el desarrollo hacia adentro, la teoría del centro y la periferia, el desarrollo basado en la sustitución de importaciones, el desarrollo con base en la diversificación y promoción de las exportaciones, entre otras. Es decir, todas apuntaron a ver la posibilidad de impulsar la industrialización en los países del área y se cristalizaron todos los esfuerzos en lo que se conoce como “desarrollismo latinoamericano”.

Fueron muchos los pensadores que pasaron por la CEPAL, uno de ellos fue el economista brasileño Theotonio Dos Santos, quien se convirtió en uno de los principales teóricos del tema de la dependencia económica, dentro del que “se intenta explicar las nuevas características del desarrollo dependiente, que ya se había implantado en los países latinoamericanos”, con lo cual se señala para estos la realidad de un desarrollo ausente, con lo que “se abrió camino para comprender el desarrollo y subdesarrollo como el resultado histórico del desarrollo del capitalismo”.

Recuerda Dos Santos que un tema que estuvo muy en la palestra de la discusión fue el relacionado con la pregunta sobre la existencia o no de capitalismo en América Latina, lo cual condujo al debate alrededor de la aplicabilidad o no de las tesis marxistas en

la región; específicamente estuvo la posición de André Gunder Frank quien señaló que había que “declarar el carácter capitalista de América Latina desde la cuna. Producto de la expansión del capitalismo comercial europeo en el siglo XVI, la América Latina surgió para atender las demandas de Europa, insertándose en el mundo del mercado mundial capitalista”.

Por su parte, Gilbert Rist llama la atención sobre lo confuso e impreciso que es el concepto de desarrollo cuando fue asumido por las ciencias sociales, y precisa que el capitalismo es un tipo de sociedad sudesarrollante, y que por eso la idea de desarrollo surgió como una forma de afianzar y perpetuar esta clase de sociedad.

Se entiende, eso sí, que el desarrollo se explica sólo como crecimiento económico... “sin poner en cuestión la existencia de una ‘escala’ en la que se podría ordenar jerárquicamente las sociedades... impone simplemente una nueva forma que permite a los Estados Unidos ponerse en cabeza de la clasificación: el producto nacional bruto”.

El desarrollo ha venido siendo una idea pretexto para la intervención de las potencias en otras naciones, tanto en los aspectos políticos e ideológicos como en las relaciones con su economía, con lo cual aparece afianzándose la dependencia a esos niveles.

Frente a la frustración que ha dejado y que dejará el desarrollo, autores como Orlando Fals Borda llama la atención acerca del surgimiento de “escuelas críticas alternativas que han planteado el desarrollo auténtico o autodesarrollo”.

Se impone, pues, el reto de plantear o de buscar alternativas, es decir, “el mundo contemporáneo es tan disímil, tan diverso, múltiple, laberíntico, pero también un espacio idóneo para pensar una nueva ciencia social y esos nuevos conceptos pueden sustituir, tanto en la teoría como en la práctica, al tan manido concepto de desarrollo”.

Se tiene que entender que este reto debe asumirse sin desechar lo ya andado, ante todo por el pensamiento cepalino y latinoamericano en general, es decir, se deben buscar todos aquellos aspectos que puedan servir para tejer la propuesta de un modo alternativo de vida.

BIBLIOGRAFIA

BLANCO, Armando (1995) *Hacia una estrategia alternativa de desarrollo en América Latina. En Revista Externadista No. 1. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.*

DOS SANTOS, Theotonio (1998) *La teoría de la Dependencia. Un balance Histórico y Teórico. En Los Retos de la Globalización. Ensayos en homenaje a Theotonio Dos Santos. Editor: Francisco López Segre-
ra. UNESCO – Caracas. www.clacso.edu.ar*

FALS BORDA, Orlando (2003) *Ante la crisis del país: Ideas Acción para el cambio, Bogotá: El Áncora Editores.*

RIST, Gilbert. (2002) *El desarrollo: Historia de una creencia occidental. Madrid: Editorial Catarata.*